

Federico Rivero Scarani

ATMOSFERAS



U861.44 R621a



2370021

NTEN EDITOR / Minilibros

ATMOSFERAS



Federico Rivero Scarani

ATMÓSFERAS

(Poemas en prosa)

**Premio «Mención Honorífica»
en el Concurso Literario
de la Intendencia
Municipal
de Montevideo
1999**



Vintén Editor

© Federico Rivero Scarani

© Vintén Editor

ISBN 9974-570-79-4

Depósito Legal: 317.095/2000

Impreso en Impresora de los Pocitos

Hocquart 1771 – Tel. 209 02 23

Montevideo – Uruguay

Mayo de 2000

*Para Ivana Panela,
la estrella que me ampara.*

*Cuando los fantasmas se conviertan en sonido y la voz
del hombre sea apenas el gemido de un animal más sobre
la tierra hostil. Cuando los templos sean las únicas
guaridas y la aurora la estrecha esperanza que conjure
las sombras, que deshaga los miedos y aplaque los
aullidos de las máquinas, no habrá otra ley que la del sol
radiactivo, no habrá otro dogma que los ojos de la noche
hambrienta por aquellos que se atrevan a mirarla.
Algunos estarán lejos bajo otras constelaciones, y un
nuevo zodiaco augurará otros destinos; los signos
cambiarán su forma y el decimotercero contará una
antigua leyenda.*

COSMITOLOGIAS

AGAMENÓN Y BEATRICE fueron publicados en "ECOS DE LA ESTIGIA", 1998. Los demás cuerpos celestes serán descubiertos próximamente.

CALIXTO

Las coordenadas 1499-23 de la Constelación de Burgos señalan la ubicación de un sistema solar constituido por una estrella amarilla y tres planetas que la orbitan. El más cercano al astro fue denominado Calixto, UN PLANETA JOVEN cuyo origen no ha sido determinado aún. Este cuerpo celeste se caracterizó por haber poseído vida, con un clima de primavera eterna, el cual permitió la proliferación de variedades de EXAGERADAS FLORES ENAMORADAS que se entristecían en los crepúsculos al son de laúdes de brisas eolias.

El planeta Calixto, el más cercano de los tres a la ESTRELLA MELIBEA, poseyó una zona oscura, la cual estaba cubierta por una noche cerrada; SE ENCONTRARON VESTIGIOS EN LAS CUEVAS HÚMEDAS, con caracteres bermejos de una lengua extraña que, según los arqueólogos-lingüistas, eran invocaciones a un dios maldito, señor de las profundidades insondables y amante de Tesífone, Megera y Aleto. El objetivo de estas escrituras rupestres son tema de debate entre los investigadores; una teoría afirma que algún ser las escribió para provocar la destrucción del planeta, pero esta teoría duerme en el letargo de la memoria de algún computador demodé.

A los pocos años de ser descubierto este sistema solar se pudo apreciar una catástrofe sin precedentes

en los anales de la Historiografía Estelar: Calixto, después de temblar durante varios días enamorado de su estrella rubia, SE PRECIPITÓ EN EL ESPACIO DESDIBUJANDO SU ÓRBITA NORMAL cayendo en el penúltimo abismo donde la materia se congratula buscando su forma. Como consecuencia de esa desestabilización cósmica la estrella Melibea se fue apagando paulatinamente hasta reducir su tamaño y color (de una blancura brillante). Por motivos y causas que todavía se desconocen fue cayendo, titánicamente, hacia el agujero negro que la esperaba abrigándose en sombras eternas. Los otros dos planetas del sistema solar, los más antiguos y estériles, quedaron a oscuras y congelados para siempre.

DULCINEA

El ingeniero y astrofísico de origen español Alonso Quijano planificó en el siglo XXVIII un satélite artificial que concretaría la esperanza de ser un jardín exótico de las delicias en la profundidad del espacio. El nombre de esa isla de forma esférica sería DULCINEA cuya órbita permitiría tener amaneceres mecánicos y un mar azul con playas donde LOS CYBORGS SE ASOLEARÍAN CON LOS HUMANOS. El ingeniero planificó sistemas de variadas clases, estructuras de titanio y ónix, organigramas laberínticos, superficies caprichosas de valles prehistóricos; planificó la flora y la fauna más exquisita seleccionada de los planetas de la Federación; mientras trazaba planos y configuraba listas inacabables para la organización del satélite artificial, un mundo de ensueños e ideales flotaba en la habitación donde Alfonso Quijano, el ingeniero espacial, trazaba geometrías sobre papiros blancos. Las distintas razas habitarían esa nueva Babilonia; la confraternidad, la justicia y el amor conformaban el TRIVIUM DEL EDÉN ESTELAR. Así en Dulcinea la vida sería un deleite con una cultura heterogénea y sin prejuicios en lo concerniente al amor: él ya de por sí amaba su holograma envolviéndose en las luces cuando frisaba la edad de cincuenta años. Tenía una sobrina de veinte y una andreida que cumplía su rol de ama de llaves. Leía con fruición novelas de ciencia ficción y a veces en la madrugada tomaba su pluma y escribía historias como si fuese el mismo Isaac Asimov.

Del siniestro que terminó con todos los proyectos de aquel inefable ideal (el satélite Dulcinea) sólo se recuperó el fragmento de un poema escrito de puño y letra del astrofísico, y reza así:

*«Cyborg, cyborg, naturaleza muerta,
quién podría tener tus ojos de ágata
y tus manos de puro cristal.
La aurora de metal es tu hermana
y la esfera tu alma, cyborg,
y la esfera tu alma.
Trocé flores de diamante para ti
en el equinoccio azul
de mis acuarianos deseos.*

Cyborg de piel de diez niñas ...»

EURÍDICE

El cuarto planeta del sistema solar Virgilio fue bautizado Eurídice por el astronauta llamado Orfeo Andersen. Este hombre, capitán de *LA NAVE ARISTEO* donde las ninfas se sientan en cristalinas sillas, volvió luego de varios años para una misión imposible: reproducir vida en la estéril tierra de Eurídice. Hace milenios albergó una vida rica en flora y fauna, en criaturas bellas como niñas vírgenes de piel azul; luego murió condenándose a la frialdad de oscuras noches de arena. LA MISIÓN: UN PROGRAMA DE VANGUARDIA CAPAZ DE ORIGINAR VIDA. Carl Sagan propuso en el siglo XX bombardear Venus con plantas verdiazules con el objetivo de producir un fenómeno químico plausible de fomentar microorganismos durante el lapso de milenios. Ocho siglos después rescataron tal utopía y la modificaron. Orfeo estaba a cargo de tal misión. Ordenó el lanzamiento de doce misiles cargados de una sustancia revitalizadora; norte y sur, este y oeste, y otras latitudes claves del planeta recibirían una segunda oportunidad. Aristeo abrió sus compuertas en el oscuro espacio dejando salir los misiles con la sustancia vital (eran espermatozoides ansiando el óvulo). Esta nave en su primer encuentro con el suelo de Eurídice quemó los últimos restos de vida — un pequeño oasis sureño entre catedrales de piedra —, al aterrizar. Ahora era el momento de revertir la situación porque Orfeo Andersen se sentía en parte culpable; sus ratos de ocio se conjuraban por la melodía de su guitarra acús-

tica haciendo que todos, hombres y mujeres, plantas y animales, organismos biomecánicos y sistemas informáticos, se rindieran a las melodías de sus cantos cósmicos. Las explosiones dieron resultado: en cuestión de meses una rala vegetación creció, la atmósfera se hizo respirable y algunos animales terrestres habitaron el suelo. Sin embargo cuando el éxito suponía la confirmación del programa vital —llamado Proteo por los técnicos—, Orfeo, deseoso de descender para contemplar la vida que se extendía barrocamente, decidió euridizar con la nave Aristeo en un valle verde recientemente nacido. Su anhelo y ansiedad fueron tan desmesurados que incendió el valle con las turbinas de la nave. Todo comenzó a quemarse y a deshacerse en las latitudes elegidas; fue un rosario de veneno extendido sin piedad. Nuevamente Eurídice volvía a las tinieblas de la muerte. El personal femenino de la nave se amotinó aunque amaban más a Orfeo que a las estrellas. Lo tomaron de rehén y seducidas por un impulso de venganza instintiva lo decapitaron con una espada marciana. SU CABEZA FLOTÓ COMO UN ASTEROIDE en la órbita de Eurídice; su voz sonaba en los negros espacios y repetía colmada de amor y arrepentimiento el nombre de *AQUEL PLANETA QUE MURIÓ DOS VECES*.

FAETÓN

Entre Júpiter y Marte el Cinturón de Asteroides se extiende. Cuenta una leyenda que Faetón, hijo del Sol, con los caballos desbocados por su ineptitud volcó el carro del sol quemando los cielos. Pero lo cierto es que hay una segunda leyenda que luego fue confirmada por los investigadores pasando de ser leyenda o mito, por un proceso dialéctico-empírico, a una tesis irrefutable. Sucedió hace setenta millones de años que este planeta con vida inteligente de acuerdo a los parámetros nuestros estalló por causas antinaturales: los seres que vivieron en Faetón desarrollaron una ciencia y una Tecnología hiperavanzadas que, si bien les permitió conocer los demás planetas de nuestro sistema, incluida la Tierra, también provocó una catástrofe que terminó con su propia naturaleza.

Existen versiones que acusan a los habitantes del quinto cuerpo celeste de irresponsables creaturas que no supieron dominar su propia tecnología. Supuestamente **la causa de la explosión** fue una reacción en cadena de estallidos nucleares. Los más complacientes afirman que fue un astro gigantesco quien dio de lleno sobre Faetón provocando la desintegración parcial. Incluso las dos lunas de Marte serían trozos de roca de aquel mítico cuerpo estelar. Lo cierto es que, ya por ira de algún zeus que lo derribó con su rayo a petición de una improbable gea o por soberbia incapaz de ser controlada, **Faetón perdió su Unidad**; dejó su homogeneidad cósmica para convertirse en un obstáculo de heterogéneos peligros para las astronaves.

Quienes navegan por aquel archipiélago no renegarán de su belleza particular, pero hay un oscuro presentimiento en las almas de los tripulantes, una sensación misteriosa como si fluyera de los mismos genes: son los destinos adversos de los seres u objetos que siendo alguna vez un todo entero pueden convertirse en trozos que deambulan por los espacios con la angustiosa esperanza de volver a unirse, quizás, alguna vez, como en el Principio.

GANIMEDES

Galileo Galilei descubrió en el año de Nuestro Señor de 1610 el satélite Ganimedes, fiel compañero del inmenso Júpiter. Cuenta una antigua leyenda griega que un joven troyano, príncipe hermoso, fue raptado por Zeus para que sirviera de copero en el Olimpo. La belleza de Ganimedes asombraba a los dioses; un mortal que conmovía los sentidos divinos. Su cántaro rebosaba de una ambrosía que sólo los dioses podían degustar y que colmaba de felicidad y alegría los corazones inmortales. Zeus tomó la forma de un águila quizás por el amor particular que sentía hacia el joven príncipe troyano. **De acuerdo a Ovidio los dioses, guiados por ciertos estímulos, principalmente el amor, adquieren apariencias ajenas a su majestad para satisfacer sus deseos y voluntades.** Y es así que Ganimedes elevado hasta la morada etérea derrama con su cántaro el licor del placer y del éxtasis. Su efigie representa el signo de Acuario la cual puede hallarse en el astropuerto a través de una estatua de mil metros de alto.

Este satélite disfruta de un gran reconocimiento particular por parte de los turistas espaciales. Las bases construidas en su suelo son flores metálicas incandescentes desde los cielos, arquitecturas de placeres vip, edenés de goces infinitos. Los turistas recorren la geografía de Ganimedes en cápsulas donde el placer elegido es satisfecho gracias a las excentricidades de la tecnología. Tener a Júpiter abarcando un gran sector del cielo y disfrutar de un orgasmo inin-

terrumpido de una hora es uno de los mayores atractivos para los exquisitos visitantes. Recorrer las ruinas de una antigua civilización alienígena sintiéndose dentro de la cápsula un color (azul, verde, rosado de acuerdo al indicador que se elija) también se convierte en uno de los mayores atractivos. El Valle de Rama se constituye como uno de los más ponderables ingenios creado artificialmente: bajo la inmensa cúpula protectora los dioses paganos fueron revividos y son cyborgs de plata y oro, anfitriones del titánico palacio de mármol, donde Ganimedes desde su vida artificial obsequia a los visitantes una copa de ambrosía. Estos al beber sienten la omnipotencia divina, son deidades por un instante de su mortal condición, poseen atributos inherentes a los inmortales que hacen de ellos apolos y minervas, afroditas o dionisos, ríen como ellos, aman, se consustancian con lo etéreo y sublime, mientras Ganimedes proyecta su sombra sobre Júpiter y su luz hiperestésica sobre las almas humanas ávidas de inmortalidad.

HAMLET

El pálido y frío planeta bautizado Hamlet en el 2664 por el capitán William Reeding de la nave Reina Isabel se ubica en el cuadrante nórdico del Sistema Solar Escandinavia. Su color es de un blanco tiza manchado en ciertas zonas de rojos crepusculares e inmensos lagos de un glauco opaco propio de valles y bosques donde elfos transparentes inspiran suicidios cantados. Crónicas del viaje atestiguaron la presencia de sombras que instigan a venganzas. Algunos de los astronautas sufrieron paranoias y sentimientos de inseguridad mientras recorrían inmensas planicies lisas en sus vehículos impulsados por el viento. De todas formas superaron esas crisis emotivas representando escenas de sus vidas para un público compuesto de esencias, nubes y grutas de profundos abismos. Un texto encontrado en los sistemas informáticos de la nave Reina Isabel confirma la desaparición de la tripulación; quien escribió ese informe, por su estilo y perspectiva, tal vez haya sido el capitán William Reeding, aunque no hay firma sino suposiciones las que refrendan el hecho. El texto dice así: «Encontramos un cráter de 1.063 km de diámetro en el hemisferio oriental del planeta y lo denominamos Laertes para los anales de la *Enciclopedia Estelar*». Comprobamos la existencia de una masa incrustada en la superficie, lo suficientemente grande como para no haberse pulverizado durante el impacto. Hay motivos suficientes como para suponer que parte de la vida de este cuerpo murió, aunque aún habitan se-

res extraños en los valles y bosques fértiles que sobrevivieron al impacto. Nos contactamos con ellos, pero fue un error, se apoderaron de nuestras almas, las clasificaron según sus criterios e hicieron de ellas «otros», una especie de alteridad que nos obligó a cambiar de personalidad. **El teniente Scarani se hizo llamar Yorik** mientras bufoneaba en la base que instalamos cerca de un peñasco que se erizaba sobre una inconmensurable laguna verde. **La semióloga-antropóloga Pristina Pierce creíase monja o prostituta** y nos suplicaba que la llamáramos Ofelia; ambos tripulantes perecieron: el teniente se decapitó con un láser para que su cabeza la tomara el médico de la flota — que se creía un sepulturero — y especulara sobre aspectos ontológicos en esa extraña inmolación. La Dra. Pierce se zambulló en un arroyo que desembocaba en la laguna y cubierta de flores cantaba desvariando una balada normanda, la perdimos y nuestro sacerdote católico se negó a buscarla para darle sepultura como Dios manda. A la sazón nuestro clérigo se creyó que era un rey llamado Claudio e instigó a los militares a destruir el planeta bombardeándolo con misiles antimateria. Hubo un amotinamiento, se mataron entre ellos, algunos escapamos excepto el alférez Hiroito aduciendo que él era Laertes, nombre que le dimos al asteroide y al cráter, y entonces corrió por la explanada estéril hacia la gran roca perdiéndose y destilando veneno en sus palabras.

Luego comenzó la locura general de aquellos que íbamos huyendo: un sentimiento de mea culpa los hostigó a correr y representar escenas que sus cerebros enfermos, inspirados por seres extraños, resca-

taban de una memoria falsa aspectos de vida que no eran suyos. Se mostraban como excelentes actores, yo incluso me senté en el piso respirando el aire enrarecido de la tarde y los observé junto a la ingeniera Eslamovich que me decía en un susurro al oído que se sentía otra, una mujer voluptuosa cuyo nombre era Gertrudis; aplaudimos y reímos mientras yo, en arrebatos de lucidez escribía en mi libreta electrónica esta historia a la que me estoy refiriendo. La señal de mi escritura se va registrando en el computador central de la nave. Sacamos de nuestras mochilas un licor venusino y bebimos hasta el éxtasis, Gertrudis me seducía y yo la besaba como a mi amante predilecta, le confesaba secretos varoniles, y ella me acariciaba en tanto las lunas se erigían sobre el sur, los actores huyeron al fin hacia las lunas actuando y llorando, riendo y saltando. Quedamos solos; solos en Hamlet, pálido y triste, espectralmente bello, helado en sus pálidas nieblas nocturnas azuladas. Acaricié su cuello y ella entornaba los ojos salpicando con sus labios besos, y la besé y la amé hasta que dejó de respirar porque apreté su cuello en su último orgasmo. Maté a Gertrudis; no resistí la confusión ni el placer de haber sido su amante e hijo. Soy Hamlet, moriré culpable y admirado por **decidirme a ser quien en realidad debiera haber sido.»**

ESCENAS DE CIRCO
(Dèlicatesse)

Para Adriana P. V. De S., meu bem.

LA BELLA

Y sentado escucho las confesiones del joven y el ambiente se me torna un escenario donde yo, personaje de una comedia de las 4 de la tarde escucho, y soy confesor de la tarde gris, un brumoso cura en el confesonario, y las palabras de amor y rencor se me hacen escenas de un film de los años 70 en blanco y negro; trato de consolar con asentimientos al confeso, gestos, ojos fijos, oídos abiertos, sonrío o condeno un hecho con muecas de arlequín mientras la ciudad se moja y las sombras son ciudadanos mojados, allá afuera de mi ámbito de comedia de la tarde, la voz de ella seductora rodeada de angelotes barrocos, al instante suenan trombones y trompetas: *«junto a las manillas de un reloj/ esperarán/ todas las horas que quedaron por vivir/ esperarán/ todas las promesas de mi amor se irán contigo/ me olvidarás/ me olvidarás ...»* (Marchita circense: la jovencita rubia con vestido de bailarina de ballet en el centro circular del escenario, sobre una tarima, un foco iluminándola, la oscuridad la rodea, entran leones en fila con pasos de ganso, tigres con flautas, elefantes tocando tubas, la niña erótica e inocente mueve sus labios pequeños y rojos, entorna ojos claros, es rubia como un sol; monos con redoblantes también desfilan, las trompetas son tocadas por grifos y los trombones por centauros, rodean a la joven hada y a su estribillo: *«¿por qué te vas? / todas las promesas de mi amor se irán contigo/ me olvidarás»*. Luz de foco: Franco, el Generalísimo, rodeado de hombres apenas sonrío y su sonrisa es un tajo bajo el bigotito. Escenario: un trapecista cruza el aire, payasos con ha-

chas y garfios, colombinas tullidas, la gorda del circo es llevada por diez forzudos en una parihuela comiendo manzanas, todos rodean a la bella, a la niña encantada que está obligada a cantarle al Generalísimo; «cría cuervos y te sacarán los ojos», murmuró un espectador y al instante fue invitado por dos tipos a retirarse, después ya se sabe, no? Y ella canta *«todas las promesas de mi amor se irán contigo / por qué te vas?»* y un primer plano enfoca su rostro cuya piel blanca por el maquillaje muestra un lunarcito falso sobre sus labios; recuerda que esa canción la escribió un poeta mendigo cuya guitarra sonaba como un laúd porque en el medioevo de su espíritu, cuando dormía en el metro, se colmaba de confesiones pasadas germinadas por un amor inconcluso, nocivo igual al aire contaminado de la ciudad; ella recuerda mientras canta el instante en que él le ofreció la letra y la melodía a cambio de un almuerzo frugal y la paciencia de quien escucha, luego se marchó por escaleras frías, «todas las promesas de mi amor se irán contigo», el farol no puede escuchar aquellas promesas que quedaron por decir, y las horas que quedaron por vivir se dilatan, y ahora frente a un público a oscuras en el centro del escenario canta). Envuelto en mi hábito oscuro, sacerdote de tardes grises de fin de siglo, al sur, casto por aquella que fue mi dios, mi melibea, escucho la voz quejumbrosa de veinte años, la preocupación, la nostalgia del confeso por un amor por demás joven y judas ahora tiene cara de fémina conocida, familiar, mi templo, mi casa, él y yo, se va más tranquilo porque fui su confesor; quedo frente a un altar húmedo, es un patio que las ventanas del living me lo abren como telones de la comedia de las 4 de la tarde y son las 4 menos cinco y no sé con quién confesarme.

«EL ENANO DE CIRCO»

El enano Robespierre trabajaba en el circo convencido de que algún día la trapecista sería su amante como lo era del forzado la gorda con barba. Robespierre con su pequeña estatura veía más allá que cualquiera: era gran lector de Lucrecio, y como buen materialista, negaba la intervención de los dioses por considerarlos entidades lejanas a este valle de lágrimas, y a todo esto juntaba sus ahorros con el objetivo de huir algún día de su condición y de aquel circo, aunque no romano, brasilero. Robespierre tenía un número en el que atrapaba con sus bracitos a la mujer de sus sueños cuando ésta se dejaba caer del trapecio sin red que la protegiera. El corría de un lado para el otro en la arena para producir un efecto de humor y peligro, los trombones marcaban el ritmo de sus menudos pasitos y saltos. El público en penumbras con sus bocas abiertas, y la beldad caía del cielo igual a un hada desmayada.

Una noche sin luna porque el cielo estaba encapotado y el poco público que había parecía un jurado de monjes por sus capuchas negras, salió Robespierre taciturno, al show lo conocía de memoria: un primer paso, el trombón sonando desde un rincón, su cabezota se inclinaba mirando la cerchas de la carpa, esperaba el décimo movimiento sincronizando la caída, pero el enano olvidó que aquella noche con cerrazón lo había resfriado, y antes de estornudar y hacer una obligada genuflexión que su cuerpecito le permitía, no reparó en el efecto trascendente para su

destino: la trapecista se dejó caer y reventó su hermoso cráneo rubio contra el suelo mientras el enano se sacudía los mocos. La sangre fluyó en seguida y el público perverso y encapuchado aplaudió aquel acto. Robespierre apenas pudo contener un gemido ahogado. El forzado lo abrazó con todas sus fuerzas para evitar que se acercara a ella. El dueño del circo gritó su próximo número: el oso eléctrico y los monos abogados. El foco de luz se centró en la pálida cara del dueño del circo, enjuta, sudada, desmirriada, de bigotes mefistofélicos. La oscuridad fue chupándole la vida al enano Robespierre; frente a su futura amada muerta, la beldad del trapecio, se arrodilló junto con el forzado y el obeso payaso maricón, sacó de su bolsillo una navaja y se abrió el cuello sonriendo sangrante, feliz y triste, entregado a la muerte que sería la sacerdotiza de su tan anhelada boda. Los monos después se los comieron en una cena necrofílica festejando como comensales el himeneo muerto.

«EL DOMADOR»

El domador salió a la palestra abriendo la jaula de las fieras con el látigo en su mano derecha. Un foco blanco iluminaba el centro de la pista mientras el público asombrado y trémulo esperaba desde la penumbra de las gradas el comienzo del espectáculo. Un latigazo, dos latigazos, el polvo se levanta en partículas finísimas refractándose en un haz de luz azul hacia puntos que se perdían en la carpa del circo. El domador, hombre seco y alto, vestido con un chaleco verde de lentejuelas y pantalones blancos metidos en botas de media caña, miraba con ojos de fuego a las fieras que agazapadas rugían y gritaban desde los cuatro rincones de la inmensa jaula. De pronto un latigazo hiere la pierna de un hombre esquelético que miraba de reojo al domador. El esqueleto humano se retorció en la arena gritando en árabe insultos incisivos. Otro latigazo, ¡zas!, esta vez sobre su hombro izquierdo y el grito desgarrador hace que la calavera se levante mostrando los huesos y la fisonomía propia de una víctima de un campo de concentración. Intentó saltar sobre el domador pero un nuevo golpe seco en el rostro, oblicuo y filoso, lo obligó a desistir; arrodillado comenzó a gemir. Ahora el domador dirige su odio hacia una mujer joven y negra, hermosa y esbelta, con la piel pintada como si fuese una ceбра. A ella la acaricia con el látigo, se lo pasa por entre las piernas semiabiertas mientras ella está sentada mirándolo con orgullo y desprecio. El domador pasa su lengua por los labios y se acaricia el sexo; la mujer

negra, semidesnuda, continúa mirándolo con desafío, y en un arrebató de histeria intenta ahorcarlo, pero el domador es demasiado hábil y fuerte a pesar de su flacura, entonces la toma por una de sus muñecas y se la retuerce dejándola arrodillada y gimiente con sus ojos clavados en los surcos marcados por el látigo. La deja, hace una seña y desde la penumbra comienza el redoble, cada vez más acelerado, más agudo, metálico, otra seña con su rostro y silencio. La tercera fiera es un anciano envuelto en una manta, calvo, desdentado, de ojos perdidos y tristes, desnudo en su vergüenza, el domador sonrío, cruza sus manos tras la espalda sosteniendo el látigo, se acerca al oído y le dice porquerías, lo humilla con palabras y le canta *«viejo podrido te saqué de la caja cuando fuiste a cobrar tus piojosos mangos, viejo podrido que comiste en los comedores del inda»*, y rapeaba con un ritmo de redoblante. Da media vuelta y ¡chuf!, el látigo mor-diendo otra vez pero esta vez cerca del cuerpito de una niña de pelo castaño y pálido, vestida de hada y de grandes ojos verdes. Una melodía circense comienza a sonar en la oscuridad, el público calla y come pop, el domador sonrío esta vez con ternura en tanto acaricia los cabellos de miel de la niñuela; y la marcha circense aumenta los sones, el foco de luz blanca se apaga y la tiniebla cubre el ámbito. Pasan cinco segundos y el reflector de luz anaranjada atraviesa horizontalmente la gran jaula, en el centro de la misma aparece una figura humana, de chaleco verde y pantalones blancos, colgada y balanceándose con una sogá al cuello. Las fieras la rodean mirándola con una expresión estúpida en los rostros. Traca traca tra.

«LA BANDA»

La banda toca su melodía de circo y canta ríos y ríos de lágrimas forman ríos y ríos de amor ríos de sueños que yo sé muy bien que nunca se harán realidad si un segundo ha durado la vida yo viví un millón de veces más y no me arrepiento de haberte querido pero si de no haberte matado mientras pude.

Colombinas cruzan el escenario con pasitos y saltos el guitarrista ciego entona un punteo el manco toca los platillos el acordeonista es un paralítico en silla de ruedas el cantante tiene las comisuras de los labios abiertas hasta las orejas en una sonrisa perpetua de guazón triste el redoblante lo toca un enano viejo y al bombo un gordo con pata de palo bailan los monos al compás triste de estos volatineros malabaristas flacos como alambre y no me arrepiento de haberte querido las trompetas lacónicas de los trompetistas con lepra cubriendo sus rostros lacerados con capuchas el público corea y se mueve en vaivenes sincronizados la bella joven del circo toca un violín de notas amargas los monos saltan mientras comen de una fuente ensalada de dedos la beldad entorna sus ojos y los músicos la rodean las últimas notas moribundas son un réquiem dedicado para el enano Robespierre.

«LOS AMANTES»

El malabarista cocainómano equilibra su cuerpo sobre la cuerda tensa. Una red espera soñolienta el posible accidente como una madre de nylon que se dolió por muchos hijos muertos. El malabarista duro como un bronce camina sincronizando pasos, las mandíbulas apretadas, los ojos de vidrio perdidos en un posible plano que ha tiempo que lo llama durante las pesadillas de la siesta. Luces sicodélicas, haces de luces blancas, oscuridad que rodea. Al llegar a la mitad de su camino se detiene sin trastabillar, equilibra su cuerpo con una barra de estaño y revuelve en el bolsillo de su chaleco: extrae una bolsa, pequeña, con una sustancia blanca con piedras; se sienta en la cuerda, mete su nariz en la bolsa y echa su cabeza hacia atrás con ojos vidriosos, aspira y moquea, se yergue para continuar la travesía. Llega a la tarima que lo espera, llega a salvo y esboza una mueca de metal. El público aplaude, el payaso maricón lo admira y lo ama en secreto. El malabarista saluda desde la altura a la ovación y vuelve a meter la nariz en la bolsa. Su piernas de bailarín de ballet, musculosas, marmóreas, sus bíceps duros, su frente pálida, brillan en la altura (es un romántico alemán); respira hondo y comienza a recitar un poema dedicado al público admirado: "SOY UN PÁJARO DE LA NOCHE/ CRECIERON ALAS EN MIS PIES COMO HERMES VUELO POR EL ÉTER/ LOS ÁNGELES ANDINOS SON MIS PADRINOS/ BAJARÉ DE ESTE CIELO Y PROMETERÉ AMOR/ A ÉL QUE SIEM-

PRE ME ESPERÓ EN LA VERGÜENZA/ DE SU SI-
LENCIO Y TERNURA/ PROMETO ANTE VOSO-
TROS, RESPETABLE PÚBLICO/ MI COMPROMI-
SO AMOROSO POR ÉL/ EL PAYASO MARICÓN/
MI CONFIDENTE, MI LUNA LLENA/ DE NOCHES
TRASHUMANTES/ BAJARÉ A SABOREAR MI
TARRO DE MIEL» ..Marcha circense, fuegos artifi-
ciales, el malabarista vuela por el aire y la red lo
abrazo. Todos contentos piensan en la fiesta matri-
monial, lástima que no estén ni el domador ni Robes-
pierre, ellos habrían sido los padrinos, igual la bella
sonríe apenas. El payaso maricón más gordo que nun-
ca poseído por una algarabía sin límites llora de feli-
cidad. El público se levanta y aplaude; los dos se abra-
zan y huyen de la escena; se refugian en el séptimo
contenedor y el Jardín de Luzbel hace sonar su melo-
día extraña. El amor es un pájaro ciego que vuela por
el bosque de las almas humanas, y en su aleteo hace
vibrar el aire de los enamorados.

ATMOSFERAS

WAITING FOR THE HEAVEN

Desde hace cuarenta tormentas que espero. Subo al médano para divisar en el horizonte líquido la estrella que se hundirá salpicándome de luz. Pasaron muchas horas durmiéndose sobre la arena, las gaviotas chillaron al levantar el vuelo y sus vuelos tienen una cifra tan arcana como el instante de la primera aurora de un génesis remoto. Desde hace mil vientos que espero con mi sombra alimentándose de otras sombras en la ciudad. Tengo la certeza de que alguien me cuida, me lo dijo la baraja, me lo susurró la tarde seductora, me lo comentó en sordina el plátano de la avenida, lo murmuró el aire del sur, azul, fresco, diáfano como quien me cuida. Aún así espero que la vigésima sexta tormenta solar de este año me alcance con su geometría de fotones y me calcine los pensamientos enfermos. Algo espero en la madrugada cuando las cosas comienzan a ser lo que en el día no se atreven a ser. Ni me alimento de grises ni escarbo la tierra impura, sólo espero algo que me reconfortará, quizás posea el rostro de una mujer o el balanceo maternal de una hamaca, o el perfume del jazmín del país, o la tersura de un pétalo, poseerá el color que falta, el sabor del agua fresca, la voz de una persona querida. Desde hace cuarenta tormentas que espero lo que no tiene nombra ni forma conclusa, ese pedazo de cielo que olvidamos algunas vez.

LAS HADAS OSCURAS

Las hadas oscuras surgieron de pronto en una tarde de verano al ritmo de las olas contra la arena; repletas de yodo y algas se elevaron al suspiro del pensamiento y entre bonitas mujeres hicieron sus nidos juntando los cantos rodados y las emociones ajenas con el fin de poner sus huevos transparentes. Las hadas oscuras se alimentan de nostalgia y fracaso, agobian el pecho con cantos de sirenas enfermas, flotan con el fuego del rencor o en el hielo del hastío. Son como títeres apolillados en su triste afán de ser personas; son inspiradoras del juego tramposo; son la miseria de la envidia con antifaces de almejas; son el deseo cercenado de amores mentirosos que igual a jirones de ropa vieja visten el ánimo del pordiosero, sin embargo ellas son felices en su infelicidad porque cuando la alegría las embriaga ésta se desvanece dando lugar a una tristeza que las acompaña durante las tardes, la hora en la que surgen, y están condenadas a no poder separar la alegría de la tristeza, están condenadas a la angustia feroz luego de la algarabía y en esa condena se mueven, flotan, se retuercen haciendo del crepúsculo estival un requiem rojo en el que se recuestan invitándonos a dormir.

CUANDO LA CONSTELACIÓN HABLA

Lo dirá la última constelación, el agua que fluye callada y oscura del arroyo, la tormenta que se aleja, lo dirán ellas, con sus sonidos y aromas, y nosotros escucharemos sus acentos, el silabeo hecho de tiempo y tiempo, recostados con nuestras piernas que, cruzadas como dos espadas, le hacen un tajo a la tierra al caminar. Esta vez la brisa, con su plumaje de esencias, será nuestra hermana y verá tu mano y la mía fumando, escribiendo, quietas, volviendo a iniciar un nuevo canto que callado se escucha, y que callado se remonta a regiones donde el grillo es el profeta. Lo dirá la última constelación de impresiones de una atardecer de verano que enamorado de la vida se oscureció para abrirla.

LA COPA

¿Cuál es el principio fundamental de esta copa de cristal de Bohemia? Poseer el espacio para que el vino tinto derrame su oscura alma roja como caracteres de una lengua antigua y esotéricamente inefable.

La noche sonríe con diez estrellas, la bruma bostezó en el puerto y lamió la bahía de montevideo, el cerro siempre será, durante las noches, un viejo estuche de joyas que un galeón español perdió al hundirse por el canto de las sirenas marrones que son olas turbias del río.

(¡El puerto, la bahía!, ¡Qué estoy haciendo de mi vida!)

Pero te imploro, decime copa de cristal, cuál es el secreto que esconde toda mujer; por qué fue ella la que comió del fruto prohibido y nos avergonazmos después de haber sido expulsados del Edén: lugar geográfico-mítico imposible de localizar, oasis de un desierto más estéril que la arena del hastío y la soledad? ¿Por qué la riqueza y la miseria envilecen al hombre?

Efluvios bermejos, oscuros, aromáticos, se elevan y hablan por la boca de la copa: "AYER A LA MEDIANOCHE DEVORÉ TU CUERPO E HICISTE DE MÍ TU MUÑECA BIOMECÁNICA CUYA PIEL CUYO INSTRUMENTO FUERON TU ORGÁSMICO-JARDÍN DELAS DELICIAS. DESPUÉS DEL TAXI QUE TE SACÓ DE MI PLANETA ENCONTRÉ LAS LUNAS DE BRONCE BLANCO QUE NECESITABA". Copa cómplice, dame tu oráculo.

LA CONTEMPLACIÓN

A Fernando Manassé quien otea el infinito.

Desde la ventana del alcázar divisaba la extensa llanura oceánica y amaba con profundidad el agua y el mineral; el cielo, de un azul eléctrico, cubría como un gran lago todo punto que se percibía desde la ventana del alcázar donde el joven cenobita contemplaba el principio del infinito. Sus lánguidos ojos verdes, sus cabellos castaños, sus manos fuertes y su hábito adquirirían un tono anaranjado que el crepúsculo vespertino comenzaba a derramar sobre los seres y las cosas. La noche llegó y se instaló con sus constelaciones. El joven encendió los candelabros y buscó en los anaqueles de la biblioteca un libro milenario cuya lengua solo él podía comprender. Lo llevó a su pupitre mientras una brisa oscura y marina hizo danzar las llamas de los pabilos. Abrió el volumen forrado de cuero y leyó los caracteres escritos con tinta negra; pasó varias horas concentrado en la lectura; un pájaro nocturno graznó en la noche sin luna y las estrellas rutilaron dejándose caer alguna en el oscuro mar.

Terminada la lectura el joven monje con los ojos brillantes y el rostro tranquilo se puso a reflexionar. Ese libro, le dijo un viejo monje preceptor suyo que ahora está en la Gloria de Dios, fue traído por marineros del sur, quizás fenicios, griegos o cartagineses desde el otro lado de las columnas de Atlas, desde más allá del océano prehistórico, de una tierra que se

hundió, una gigantesca isla que Platón llamó Atlántida. Aquel texto era una Enciclopedia, la única existente en el mundo ptolomeico, pero también tenía fábulas y mitos comparables muchos con los de la Antigüedad. El joven había leído una historia en la cual un hermoso hombre joven de largos cabellos verdes y ojos color ámbar contemplaba pálido desde una torre el mar y el cielo y el sol crepuscular, y que esperando la noche (cuando en aquellos tiempos había dos lunas, una de las cuales cayó hundiendo aquella civilización milenaria), dejaba su posición de observador y se dirigía a la biblioteca; extraía un volumen antiguo y leía una historia que lo llevaba luego a reflexionar sobre la misma. Esa historia trataba de un ser andrógino y transparente — tal vez un ángel — que desde una torre cristalina instalada en los cielos observaba el mar y el cielo entero y el sol crepuscular pensando en el principio del Infinito ...

Y TE NEGASTE A VOLVERLA A VER

Electricboy y el Tupa de Cabarute salieron pechando la noche fría y blanca con sus narices hinchadas. Prometieron como tantas veces no volverla a ver y sin embargo el vacío de sus horas les grita con voz de caramelero: ¡VAYAN A BUSCAR A LA DAMA BLANCA ESA PERRA QUE SATISFAGA MI INEPTA EXISTENCIA EN LOS RINCONES DE VUESTROS CORAZONES! Y es así que Electricboy, el más prepotente y parásito ser del Condado, esgrime su perfil azulado e increpa con ojos de azogue al Tupa de Cabarute que, ahito de cerveza y longaniza, gordo como una garrapata bien cebada, desde la mesa tuerce la boca, moquea, eructa y dice vamos ya.

La noche los volverá a patear pero tienen como armadura el orgullo fundado en que los demás, excepto ellos o dos más, son imbéciles, es decir que se sienten Zaratustra bajando de la montaña, de una montaña blanca de éxtasis y bronce; farfullan el lunfardo y miran de cotela al que pasó.

Odian los pájaros cuando cantan al amanecer, la bolsa vacía, la última gota de alcohol, la flaca caja de cigarros, sus rostros en el espejo, la mandíbula apretada, los últimos cien pesos, el planeta tierra y el sistema solar, pero, como dice la canción: "hay que salir a buscar más"; y en el camino de la mañana se encuentran con el Idiota que está en las mismas condiciones. El fusca derrapa idiotamente sobre las últi-

mas sombras de la madrugada llevando enjaulados a Electricboy, al Tupa de Cabarute y al Idiota, serios, molestos, soberbios, quizás algo arrepentidos, pero el amor por ella es tan grande que no se dan cuenta que esta damisela ramera y blanca algún día elegirá a uno de ellos como concubino y se lo llevará a vivir con ella entre el polvo.

EL SOÑADOR DE SIESTAS

Despertó de una siesta infinita en la cual encontró la sonrisa de faunos extinguidos, perfumada de rosales de octubre, tenue como un vapor. Su primera palabra fue "ella" y la pronunció en la penumbra del cuarto mientras las persianas enrojecían de celos y pudor. Luego se levantó, buscó los zapatos que se habían agazapados en un rincón y llamó con una mirada a la camisa colgada del perchero para que, flotando en el ambiente, se tragara la anatomía del soñador de siestas. La radio comenzó a cantar un blues de cadencias nocturnas con una letra satírica, y bailó un rato antes de entrar al baño. "Si te vas, no te voy a extrañar... andá por la sombra y cerrá bien el portón"; el saxofón trepaba como un caracol rosado las paredes, la batería, ¡ay, Dios!, era un corazón loco, y el saxo seguía trepando ahora metálicamente dorado en su caparazón, y "dale, seguí el ritmo y olvidala un rato", saxofonaba. En el baño el espejo le hacía muecas, el soñador de siestas se vio siete canas, cuatro arrugas y una barba de tres días, "me falta poco para llegar a los treinta", pensó mirando de reojo a la toalla ridícula. Al rato llegaron a su domicilio todos los recuerdos de amores pasados y le golpearon el timbre, entraron en tropel instalándose en todos los espacios libres; uno de los recuerdos se erigió de juez ante el tribunal y con voz de redoblante sentenció:

"Te hallamos relativamente culpable de los dolores ajenos, no obstante, cumplirás una pena que con-

siste en querer y no poder llegar a lo querido, en desear y quedar insatisfecho, en anhelar y perderte en la urdimbre laberíntica de los sueños, en soñar y sólo soñar, y sobre todo, en recordar con precisión cada detalle de tu amada cada vez que la recuerdes, y luego en la madrugada, despertar sudado por ella y no poder saciar tu sed, ni desgravar de tu alma pecadora ahíta de amores cercenados las miradas, los labios de rosado pálido, la blancura de su piel, el perfil perfecto, la voz consoladora, el cabello alegre, etc. Te condeno, archívese". Los demás recuerdos hicieron silencio en la sala y miraron al soñador de siestas que los miraba con cara de desafío como la del criminal en el patíbulo; todos se levantaron y escaparon por la ventana del living. El soñador de siestas se puso al fin los pantalones porque sólo vestía la camisa y los zapatos y se marchó por las calles arboladas, orgulloso, altivo, hermoso como la nochecita que se movía en el cielo como una mulata en la cama, que es el segundo cielo del soñador.

UNA HISTORIA DEL SIGLO XVIII Ó XXI

Una carroza cruza el puente de la curva del cerro; la neblina oculta la bahía pero los caballos galopan tranquilos en las buenas manos del auriga. En la carroza va una mujer ensimismada, voluptuosa, recostada en los mullidos asientos de la carroza. Está pensando en lo agradable de la velada nocturna en la cual el concierto de Vivaldi la transportó por lugares etéreos como un perfume de lúgubres aromas. Una carroza va cruzando el puente de la curva del cerro y la melancolía tiene rostro de mujer. De repente, entre la niebla del amanecer, la joven ve caminando a un mendigo con un sombrero calado cuyas alas ocultan el rostro, una gabardina gastada por la lluvia y por las palabras de los tugurios. La joven ordena al auriga a que detenga la marcha; abre la ventanilla y con ojos que destilan lágrimas (quizás por el ideal) llama al mendigo que resulta ser un joven de mirada verde, profunda, abismal como el océano. La bruma los envuelve; los caballos que se detuvieron relinchan, el sol es un espejo opaco levantándose soñoliento. "Oiga, joven, parece que se dirige hacia el mismo rumbo que yo", dijo la joven mientras sus negros cabellos se perlaban de gotas. "Puedo llevarlo", sugirió algo arrepentida. "Gracias, mademoiselle, ambos tenemos distintos rumbos aunque nos dirijamos juntos", respondió el joven pordiosero calándose el sombrero. "Pero de buenas ganas le ofrezco estas tres monedas de oro cuyas caras tienen acuñadas la efigie de Carlos V, El Emperador, pues su imperio se extendió tanto que

jamás se puso el sol". La joven aristócrata pestañeó y sus ojos negros disiparon la bruma. Tomó las tres monedas de oro y mirándolo como si fuera su ángel protector volvió a inclinarse sobre el asiento; "continuemos", ordenó, y la carroza siguió al trote de los corceles negros. El mendigo quedó atrás, como un recuerdo, con el sedimento que dejan los sueños, atrás en la niebla desvaneciéndose igual a una pena de amor.

LA GUARDIANA

Una estrella que ampara a alguien comentó a sus colegas que ella había nacido como la más bella de todo el firmamento; eso dijo la estrella, y que además, como reina de un mundo, — humano necesariamente —, tenía un signo oscuro que la distinguía de las demás.

Otras estrellas que amparan iguales a ángeles de la guarda se ruborizaron de tanta soberbia decidiendo convocar una asamblea con el fin de saber cuál era la música preferida entre todas. Las estrellas conformaron un firmamento ajustándose a la Orden Suprema de alterar temporalmente sus constelaciones. Claro, dependiendo de dónde se mire, Piscis puede ser Orfeo para alguien de Alfa del Centauro, Escorpio se denominaría Latino para un observador de Sirio.

Sorteando diferencias caleidoscópicas las estrellas que amparan se reunieron en asamblea también para vaticinar el próximo deshielo. Sin embargo la más soberbia se encendió azulmente de indignación argumentando que ella, la más sublime y etérea de la constelación más próxima a la Vía Láctea, dudaba del poder de la música (el de las esferas inclusive), y que ella prefería, como toda enana azul, el verso endecasílabo español de pie yámbico. El atrio quedó callado por tanta vanidad; pero una estrella gigante roja a punto de extinguirse habló: "poco de vida me queda,

devoré a siete planetas y a un innumerable afán de seres vivos, abrasé entelequias y dolores, ese era mi destino. Ahora que dejé a mis predilectos por experiencia digo: dobleguen vuestras voluntades a la de los elegidos". Los capiteles y atauriques, los astrágalos y bóvedas, asintieron en aquel templo cósmico donde la estrella rebelde rutilaba de pasión.

Los quásares desplegaron velocidades afirmativas; los soles amarillos brillaron como sólo ellos lo saben hacer. Pero la estrella que ampara vaya a saber a quién insistió con su retórica; hay que disculparla porque el amor que siente por su predilecto es tan fuerte que sería capaz de cambiar con un impulso el orden del zodiaco. Las demás la comprendieron, como buenas hermanas que son, y disolviendo la asamblea universal la dejaron sola en el atrio mientras se retiraban hacia sus geometrías estelares. La estrella azul flotó por el atrio de columnas de diamante, se detuvo y se dijo mirando la Perfección: "Mi predilecto es un poeta y yo no sé quién soy cuando me invoca. Tanto le adoro que sería capaz de extinguirme dejándole un beso azul en la última despedida, en su último verso".

LAS IDEAS

*Para Julio Inverso
Requiescat In Pace, Frater.*

Los hombres son galeotes de la nave redonda que boga por el infinito implacable. Reman y reman dando vueltas en el mismo mar. Están encadenados a sus ansias, al deseo sublime o abyecto, blasfeman o ruegan la gracia de un dios. La nave flota en el mar oscuro sin viento, mientras los remeros continúan viéndole la cara a la muerte. La fuerza es el tiempo que doblega voluntades; y bogan y naufragan y giran como hojas cuyo torbellino es la tiranía del poderoso. Uno de ellos, filósofo, observa que la ondas más próximas a la nave son rápidas, que a unos metros son más lentas y puede observarlas, y que aquellas ondas lejanas se perciben con más intensidad; y piensa que así son las ideas humanas: las más cercanas fluyen muy rápido y apenas se pueden aprehender (son los pensamientos constantes), las ondas un poco más allá son las ideas que se instalan y se reflexionan pero que a veces escapan por las ondas más cercanas y entonces la reflexión cesa. Pero aquellas ondas aún más lejanas que se mecen suaves son Las Ideas que verdaderamente se mantienen impávidas, incontaminables, son aquellas que sólo el poeta o el filósofo pueden contemplar; la nave sigue bogando y los hombres son galeotes de un destino incierto. Sin embargo para llegar a las más lejanas ondas del mar es necesario instruirse, meditar teniendo paciencia porque las olas más cercanas atrapan la atención, son los pensa-

mientos que vagan sin razón fluyendo; las intermedias se captan por la razón pero se mezclan con las primeras. Las más lejanas ondas de ese mar inconcluso se aprecian mejor porque el tiempo no las extingue rápidamente; a veces se ocultan entre las primeras olas sobre todo cuando el mar se pica o bien cuando el galeote deja su mirada en las olas de su remo. Quizás sea una cuestión de velocidad o perspectiva, pero aquel que esté atento dirigirá su mirar hacia la verdad lejana, ignorando las olas cercanas que se deshacen fácilmente. Tendrá un duelo constante porque las ideas fútiles, los pensamientos efímeros están eclipsando la espuma de la verdad. El hombre, por eso, es un galeote que rema y rema sin conocer orillas.

DESPEDIDA

Nunca te vi sangrar como una tarde de enero, de todas maneras busco en mi memoria vegetal los fragmentos de aquel tiempo en el que estuve contemplando la sangría sobre tus venas queridas. Así lo sostengo, similar a un ángulo entre dos líneas cruzadas, amor mío, lo sostengo igual al árbol con sus ramas y hojas y aun así deambulo con los ojos tristes entre calles arrepentidas. Si supieras el sufrimiento, la rabia, el desasosiego que me patean los días estoy seguro que elevarías plegarias a un dios que calla pero no se inmuta porque las nubes traducen su lenguaje para aquellos que lo saben leer. Querida mía, amor de mi cielo, te ruego que no me patees como una cebolla podrida de la cocina, apiádate de mis horas rotas, que yo estigmatizo en la distancia. Nos uniremos, solo el tiempo será nuestro padrino de bodas; adiós ventanas venecianas, chau querido trafoguero, hasta siempre tierra seca, nos veremos en el manicomio estelar.

INDICE

COSMITOLOGÍAS

Calixto.....	8
Dulcinea	10
Eurídice	12
Faetón	14
Ganimedes	16
Hamlet	18

ESCENAS DE CIRCO (*Délicatesse*)

La Bella	22
El enano del circo	24
El domador	26
La banda	28
Los amantes	29

ATMÓSFERAS

Waiting for the heaven	32
Las hadas oscuras	33
Cuando la constelación habla	34
La copa	35
La contemplación	36
Y te negaste a volverla a ver	38
El soñador de siestas	40
Una historia del siglo XVIII ó XXI	42
La guardiana	44
Las Ideas	46
Despedida	48

Vintén Editor

Obras publicadas

- ALMANAQUE 1997. Montevideo antiguo y su gente en imágenes.
- ANTOLOGIA DEL RETRETE. (graffiti de los baños de mujeres). Andrea Blanqué.
- ARIADNA EN SU LABERINTO. Tres cuentos para estudiantes. E. Anderson Imbert.
- BIENVENIDA A LA MAQUINA. Fernando Agorrody.
- COMO TEMBLOR DEL AIRE. La poesía de J. Gelman: ensayos críticos. Benedetti, Vilariño, Achugar, Uribe.
- CONTRA CUALQUIER MURO (los graffiti de la transición). Eduardo Roland.
- CHINA Y EL COLAPSO MUNDIAL DEL LENINISMO. Sarandy Cabrera.
- CLINICA EDUCACIONAL. Reflexiones desde la interdisciplinariedad. M. Garbarino, H. Santini y otros.
- ¿CULTURA URUGUAYA O CULTURAS LINYERAS? Abril Trigo.
- DE LA CREATIVIDAD Y EL NEO-KITSCH. Pere Salabert (Ensayo sobre Estética).
- DELMIRA AGUSTINI. Nuevas penetraciones críticas. Uruguay Cortazzo, Coodinador. A. Cáceres, P. Varas, A. Gil, S. Molloy, G. Renart, G. Kirpatrick.
- DEMOCRACIA Y ECOLOGIA. La política de la gestión ambiental. E. Gudynas, H. Gatto, A. Santandreu y otros.
- DERECHOS HUMANOS Y DICTADURA TERRISTA. Rodolfo Porrini.
- DROGAS. Clínica y psicopatología del uso indebido de sustancias psicoactivas. Juan Triaca y Artigas Pouy.
- ECOLOGIA, MERCADO Y DESARROLLO: Políticas ambientales, libre mercado y alternativas. Eduardo Gudynas.
- EN NOMBRE DEL SEXO MASCULINO. O. Freire.
- EL ARQUITECTO. Pedro Figari. Poesía. Reproducción facsimilar de la edición de 1928, París. Contiene 360 viñetas del autor, especialmente preparadas para la edición original.
- EL PALACIO DE LA RISA. Germán Marín. (Novela).
- EL RECETARIO DE LA MEMORIA. Sebastián Elcano. (H.García Robles) (Segunda edición).
- EL COMPLEJO DE PROSPERO. F. Arocena y E. de León. (J.G.Merquior, R. M. Morse, S. Schwartzman, L. W. Vianna).
- EL DUELO. Duilio Luraschi. Cuentos.

- FIERA DE AMOR. La otra muerte de Delmira Agustini. Guillermo Giucci.
- HISTORIA DE LA IZQUIERDA URUGUAYA (1919-1923) Tomo III. Fernando López D'Alessandro.
- LA LUZ ES UN ABISMO. Olga Orozco.
- LA MODERNIDAD Y SU DESENCANTO. Felipe Arocena.
- LA REVOLUCION ESTAFADA. (P.C.U. y aparato armado), Sergio Márquez.
- LA SEÑORITA BUSCATESOROS. (historieta bilingüe). Beatrice Serna.
- LASTRANSNACIONALES Y EL CAPITALISMO URUGUAYO. Gustavo Arce y Daniel Olesker.
- LOS INFIERNOS DE LA LIBERTAD. Daniel Iribarne. (Novela).
- NAUFRAGIOS CELEBRES. Antonio D. Lussich. (2ª edición).
- SOLOS EN LA FUENTE Y OTROS CUENTOS. Leonardo Rossiello.
- VERTIGO. (Cuentos) Duilio Luraschi.

Cuadernos Didácticos

- ALGODON, MAIZ Y OLIVO. Varenka Eloy y otros. Actividades para la coordinación de Historia y Geografía 1º C. B.
- JUGANDO A LEER. Susana Agras y Josefina Barreira. Recomendado por la Inspección de Compensación (Area I) E. S.
- EL REINO DESCONOCIDO. Elementos de Mineralogía. Ruben Elías.

Poesía

- ACERCA DE LA LIBERTAD. Ingemar Moberg.
- ARCILLA PROHIBIDA. Alvaro Angel Malmierca.
- ANTOLOGIA POETICA. Juan Gelman.
- CUERPOS EN POSE. Roberto Appratto.
- "CORAZON DE ROBLE: Teresa Amy.
- DEL INSURRECTO. Sarandy Cabrera.
- DIARIO DE LOS ULTIMOS DIAS DEL ARCHIPIELAGO. Sergio Altesor.
- DESPRENDIMIENTOS. Sabela de Tezanos.
- DONDE VUELA EL CAMALEON. Ida Vitale
- EN LOS ABEDULES ESTA LA LUZ. Jan Erik Vold.
- ELEGIAS COMPLETAS. John Donne (trad. Sarandy Cabrera).
- ¿ESTARA NOMAS CARGADA DE FUTURO? C. Liscano.
- FALSAS CRIATURAS. Julio Inverso.
- GUETO. Roberto Mascaró.

- HOMENAJES. Enrique Fierro.
- LA SAVIA DUDA. Enrique Fierro.
- MINIMA NATURAL DISTANCIA. Alberto Villanueva.
- NOMENCLATURA Y APOLOGIA DE LA CONCHA. Pancho Cabrera.
- 8 ANTOLOGIAS PERSONALES. Poesía uruguaya en Suecia.
- POEMAS SENTIMENTALES. Carlos Brandy .
- PAPELES DE VOLUSIO. Sarandy Cabrera
- POEMAS SIN TERMINAR. Göran Sonnevi.
- POESIA LIBERTINA. Pancho Cabrera.
- PUTA CICUTA e Intifada. Sarandy Cabrera.
- QUIERO VER UNA VACA. Enrique Fierro.
- QUIMERINOS. Sarandy Cabrera.
- SAGITRA ¿Quién ama a los niños pobres de Montevideo? Sinan Raug.
- SONETOS LUJURIOSOS Y PASQUINES DEL ARETINO. (Trad. de Sarandy Cabrera).
- SOBRE FUGAS Y PERMANENCIAS. Iris Sclavo Armán
- TEOREMA. Carlos E. Brandi.

Ediciones de Juan Darién

- ANGEL DE MEDIANOCHE. Miniversiones y otros dioses menores. J. Dardo Villaverde.
- ¿EL FIN DE LA HISTORIA? Francis Fukuyama.
- EL FIN DE LA TONTERIA. Miguel B. Alzamora.
- EVANGELIZACION Y CONQUISTA. Julio de Santa Ana.
- LA CONQUISTA DE LO MARAVILLOSO: EL NUEVO MUNDO. Guillermo Giucci.
- DESPUES DE LA POLITICA. Ricardo Viscardi.
- ORO de la conquista versus DOLARES de la deuda externa. S. Cabrera.
- URUGUAY: ¿PAIS EN TRANSICION? Michel Boulet.
- 5 RELATOS ESCOLARES. Concurso de relatos escolares de 6° año B de la Escuela N° 80, Brig. Gral. Juan Antonio Lavalleja.

Poesía

- ABREME LA PUERTA. Sergio Cassarino.
- SOLEDAD BLANCA. Sergio Cassarino.
- LA VIDA ES UN PENTAGRAMA DE OBSCENIDADES. A. Z. Armstrong.
- LOS ROSTROS DEL AGUA. Eduardo Insua.

Minilibros de Vintén

- CENIZAS DE SUEÑOS. Iris Sclavo Armán. Novela.
- DE LA RALEA DE LA VOZ. Alberto Villanueva. Poesía.
- EL INVIERNO DEL ANGEL. Carlos Brandy. Poesía.
- LA MEDICINA ALTERNATIVA. Aspectos éticos y jurídicos. James F. Drane.
- EL PEON DE LA ESTANCIA SAN SEBASTIAN. Alberto "Beto" Cía. Poesía.
- PALABRA ANTIGUA. Richard Piñeyro. Poesía.
- EN CUANTO LLEGUE A PARIS. Eduardo de Souza. Poesía.
- LIMERICK. El epigrama inglés.
- FIN DEL CAPÍTULO RUSO. Cuentos. Antonio Alvarez Gil.
- CITAS DE ARTIGAS. Selección y notas de Alfonso Fernández Cabrelli. 2ª Edición.
- HIROSHIMA. Elías Uriarte. Poesía.
- RETRATOS DEL MERODEADOR y otros poemas. Teresa Amy.
- EL SILENCIO Y LA LUZ. José Da Cruz. Poesía. De próxima aparición.
- MAS LECCIONES PARA CAMINAR POR LONDRES. Julio Inverso. Poesía.
- LA LUZ DE ESTA MEMORIA. Ida Vitale. Poesía. Edición Facsimilar 50º aniversario.
- VELOZ ETERNIDAD. Alfredo Fressia. Poesía.
- SELECCION NATURAL. Enrique Fierro. Poesía.
- UNA OSCURA PRADERA VA PASANDO. René Fuentes Gómez. Poesía.
- LABIOS DEL PONIENTE. Jorge Ernesto Olivera. Poesía. Premio Intendencia Municipal de Montevideo 1999.
- ATMOSFERAS. Poemas en Prosa. Federico Rivero Scarani. Mención honorífica I.M.M. 1999.
- DE MI PIEL ME SALGO. Poemas. Gladys Burci.
- TABACO. Lalo Barrubia. Poesía. De próxima aparición.
- MUJER EN CONSTRUCCION. Mariella Nigro. Poesía. De próxima aparición.
- PROVIDENCIAS Y OTROS CUENTOS. Dulio Luraschi. De próxima aparición.
- LITURGIA URBANA. Nelson Díaz. Poesía. De próxima aparición.
- NO SE DEVUELVEN ORIGINALES y otros cuentos. Justo E. Vasco. Humor.
- CUATREROS. Hoenir Sarthou. Novela. De próxima aparición.

Maxilibros de Vintén

- ILUSIONES, FRUSTACIONES Y ESPERANZAS DE LA IZQUIERDA. Ernesto Kroch. Ensayo.
- SERPIENTE. Sergio Altesor. Poesía. Premio Literario Municipal 1997.
- 50 DIBUJOS DE EVA OLIVETTI. Un libro para coleccionistas de la conocida pintora, discípula del Taller Torres García.

Federico Rivero Scarani

109/312

Federico Angel Rivero Scarani, Montevideo 1969, es profesor de Literatura egresado del Instituto de Profesores Artigas. Publicó poemas y ensayos en varias revistas y periódicos de Montevideo. También poemas suyos, escritos en portugués, fueron seleccionados por la Editora Valença para integrar una Antología en dicha lengua.

Lleva publicados dos libros: "La lira, el cobre y el Sur", 1993 y "Ecos de la Estigia", 1998.

El presente libro que hoy publicamos, fue premiado en el Concurso Literario de la Intendencia Municipal de Montevideo de 1999 con una "Mención Honorífica".



Vintén Editor

I.S.B.N. 9974-570-79-4

Grabado de Tapa de Max Ernst